

blasfemo, como el mismo San Pablo dice, en vaso de eleccion y Apóstol de las Gentes. Gozaba Saulo (por tal nombre era conocido Pablo antes de su conversion) de gran reputacion entre los judíos, y pasaba entre ellos por uno de los varones mas doctos y entendidos en las sagradas letras, y era en efecto muy estudioso de la ley de Moisés, preciándose él mismo de gran profesor de ella. Sin embargo, en hecho de verdad era ignorante, como él mismo dice en su carta á Timoteo, puesto que solo entendia la ley como los demás judíos en la corteza, siendo todas sus ideas carnales y terrenas. Era entusiasta por la conservacion de las tradiciones de los Rabinos, y concibió un odio implacable contra los cristianos. Participante de la ceguera que no le habia dejado descubrir en Jesucristo los caracteres marcados en la Escritura Santa, y que habian de dar á conocer al verdadero Mesías, juzgaba un crimen el querer hacer prevalecer sobre la Ley de Moisés, una nueva Ley, inventada por un Hombre que habia muerto con la nota de infamia en el patíbulo de los criminales. La Ley de Moisés fué dada por el mismo Dios en el monte Sinai, pero aquella Ley, no fué otra cosa que introduccion de la Ley de Gracia, y en sus ceremonias y figura era temporal y no eterna. El mismo Moisés habia anunciado la venida de otro Legislador, mandando que cuando viniese, todos le escuchasen y obedeciesen: «El Señor Dios tuyo, levantará para tí de tu nacion y de tus hermanos un PROFETA, como yo: á él oirás¹.» Indiscretamente celoso Saulo por aquella Ley cuyo espiritu no comprendia, incitado por el enemigo de Dios y de su Iglesia que siempre se vale de los instrumentos que cree mas apropiado para llevar á cabo sus proyectos, se propuso perse-

¹ PROPHE TAM de gente tua et de fratribus tuis sicut me, suscitabit tibi Dominus Deus tuus: ipsum audies. Deut. XVIII, v. 15.

guir á muerte á la naciente Iglesia y no descansar hasta concluir con el nombre cristiano.

Con ocasion de la muerte de San Esteban, fuese Saulo al Principe de los Sacerdotes, y vomitando blasfemias contra los discípulos de Cristo, que ya habian salido fuera de Jerusalem para estender la nueva doctrina, se ofreció á perseguirlos y traer á la ciudad á cuantos encontrase. Concediósele el permiso, siendo advertido de ir principalmente á Damasco, á donde segun las noticias que tenian se habian retirado muchos de los discípulos. Determinó Saulo rodearse de gente armada que le ayudase en su empresa, y habiéndolo hecho así, emprendió el camino de Damasco.

No era nada de esto oculto á la Santísima Virgen Maria, la que tambien tenia interior conocimiento de la conversion que en Saulo habia de obrar la divina Gracia. Sin embargo, conocia la señora el gran incremento que iba tomando la persecucion, y así rogaba al Señor en la mas fervorosa oracion, abreviase el tiempo de la conversion del que tenia destinado para la manifestacion de su gloria y para llevar su nombre hasta los confines de la tierra. Hé aquí la plegaria que la V. Agreda pone en lábios de la Beatísima Virgen: «Altísimo Señor, Hijo del Eterno Padre, Dios vivo y verdadero; engendrado de su misma é indivisa sustancia, por la inefable dignacion de vuestra bondad infinita, Hijo mio, y vida de mi alma, ¿cómo vivirá esclava á quien habeis encomendado vuestra amada Iglesia, si la persecucion que han movido vuestros enemigos contra ella, prevalece, y no la vence vuestro poder inmenso? ¿Cómo sufrirá mi corazon ver despreciado y conculcado el precio de vuestra muerte y sangre? Si me dais, señor mio, por hijos míos los que engendrais en vuestra Iglesia, y yo los amo, y miro con el amor de madre, ¿cómo tendré consuelo de verlos oprimidos

y destruidos, porque confiesan vuestro santo nombre, y os aman con corazon sencillo? Vuestro es el poder y la sabiduría; y no es justo se gloríe contra Vos el dragon infernal, enemigo de vuestra gloria, y calumniador de mis hijos y vuestros hermanos. Confundid, hijo mio, la soberbia antigua de esta serpiente que de nuevo se levanta contra Vos orgullosa, derramando su furor contra las simples ovejuelas de vuestra grey: Atended cuán engañado lleva á Saulo, á quien Vos teneis elegido y señalado para vuestro Apóstol. Tiempo es ya, Dios mio, de obrar con vuestra Omnipotencia, y redimir aquella alma, de quién y en quién tanta gloria ha de resultar á vuestro Santo Nombre, y tantos bienes á todo el universo.¹»

Oyó el Señor los ruegos de su Madre y ordenó que se verificase la conversion del perseguidor de su Iglesia, para que en adelante fuese predicador de su gloria y de su nombre. Entretanto, Saulo se dirigia precipitadamente hácia Damasco. De repente vióse rodeado de un resplandor del cielo, y cayendo del caballo oyó una voz que le decia: —Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?—Todo turbado y con gran pavor contestó:—¿Quién eres, Señor?—Yo soy, replicó la misma voz; Jesus, á quien tú persigues. Dura cosa es para tí resistir á mi gracia.—La palabra de Jesucristo fué una flecha que atravesó el corazon de Saulo, el que atónito y pasmado, exclamó de este modo:—Señor, ¿qué quereis que haga?—Levántate, le dijo el Señor, y entra en la ciudad, y allí te se dirá lo que te conviene hacer.—Y cuantos le acompañaban quedaron atónitos oyendo bien la voz y no viendo á nadie. Y Saulo se levantó de la tierra, y abiertos los ojos no veia nada, y conduciéndolo

¹ Agreda, obra citada, Parte III, lib. VII, cap. XIV.

por la mano le llevaron á Damasco, donde teniendo Ananías revelacion del suceso, se presentó á él, é imponiéndole las manos sobre la cabeza le hizo recobrar la vista, al mismo tiempo que fué lleno del Espiritu Santo¹. El Padre San Agustin admira el efecto que en este perseguidor del Cristianismo causó la divina gracia, que le trocó de lobo en oveja, y le hizo someterse humildemente á la voluntad de Dios. Vaso de eleccion, se preparó con el ejercicio de la oracion para recibir el Santo Bautismo, y trabajó despues con celo infatigable por la propagacion de la celestial doctrina. Sus cartas dirigidas á los fieles de diferentes localidades, que la Iglesia ha recibido como canónicas, están llenas de instrucciones á cual mas sublimes, y en ellas encuentra la regla que debe seguir en su conducta y modo de obrar el sacerdote y el lego, el príncipe y el vasallo, el poderoso como el menestral.

Es indudable que la conversion de San Pablo produjo un gran gozo en el corazon de la Santísima Virgen Maria, que tanto la habia deseado. Por su parte San Pablo tuvo conocimiento de los ruegos que por él habia hecho la purísima Señora, de cuya dulzura y piedad oia hablar con frecuencia á los discípulos, y así deseó conocerla y arrojar-se á sus plantas desde el momento en que convertido á la fe de Cristo tuvo noticias de su Madre. Sin embargo, poniánsele delante de los ojos sus pecados y extravíos, la dura persecucion que habia entablado contra la Iglesia, y el mucho sentimiento que este su modo de obrar habia causado en el corazon de la Santísima Virgen, y temia presentarse á ella por el rubor y vergüenza que experimentaba: empero al fin conoció que siendo elementísima y

¹ Act. Apost. cap. IX.

Madre de misericordia, aceptaria su arrepentimiento y le acogeria con benignidad, y así determinó presentarse á ella, como lo hizo, postrándose en su presencia y reconociéndola como Reina y Maestra de la Iglesia.

El segundo de los sucesos á que nos referiamos es la venida en carne mortal de la Santísima Virgen Maria á España, donde se presentó al Apóstol Santiago el Mayor, en ocasion de que este con celo infatigable trabajaba en el ministerio de la divina Palabra, ordenándole le construyese un templo, donde reuniéndose los hijos de esta nacion, orasen al Dios de las misericordias y donde ella pondria en juego su poder de intercesion á fin de alcanzarles especiales auxilios de la Divina Magestad. A este acontecimiento que tanto honra á nuestra patria, dedicaremos las primeras páginas del tomo segundo de esta obra, por lo que creemos oportuno no pasar aquí de esta indicacion.

El santo protector de España, Santiago el mayor, que con la mayor constancia trabajó por destruir la idolatría en España, tuvo la inestimable dicha de que la Santísima Virgen Maria asistiese milagrosamente á su martirio ocurrido en la ciudad de Jerusalem. Fué esto del modo siguiente: Despues que el Apóstol hubo recorrido las principales ciudades de España predicando en ellas la doctrina de Jesucristo, determinó volver á Jerusalem, dejando el encargo de continuar su obra en esta nacion á sus nueve discípulos llamados Atanasio, Teodoro, Torcuato, Tesifon, Segundo, Indalecio, Cecilio, Isiquio y Eufasio. Cuando el valeroso hijo del Zebedeo llegó á Jerusalem, aquella ciudad se hallaba muy agitada, en contra de los discípulos y seguidores de Cristo, á lo que dió ocasion la predicacion de San Pablo, el que en los pocos dias que permaneció en ella, habia obrado muchísimas con-

versiones. No menos celoso Santiago que el Apóstol de las Gentes, por la gloria de Jesucristo y la estension de su Imperio, apenas entró en Jerusalem empezó á predicar aumentando el crecido número de los que volviendo las espaldas á sus antiguas creencias abrazaban la doctrina evangélica. La conversion de Fileto, y la de Hermógenes, magos ambos que gozaban de gran reputacion, concitaron contra Santiago el ódio de los judíos, los cuales trataron de quitarle la vida. Hallábase un dia predicando con santo celo, esplicando al pueblo el Misterio de la Redencion de la humanidad, cuando Abiatar que era sumo sacerdote en aquel año, y Josias, que era otro escriba tan enemigo como aquel de los seguidores de Jesucristo, prendieron al santo Apóstol, como inquietador del orden público y autor de una nueva religion contra el imperio Romano.

Herodes, hijo de Archelao, á quien lo presentaron, mandó que fuese degollado Santiago segun que lo pedian los judíos. Para el fiel discípulo de Jesucristo fué de gran gozo la nueva de su próximo martirio, pues como los demas Apóstoles no deseaba otra cosa que morir en defensa de Aquel que por la salud del mundo habia entregado su vida en el árbol de la Cruz. Con nuevo fervor aprovechó los momentos que le restaban en protestar públicamente la Santa Fe de Cristo, Señor nuestro, y deseó vivamente ver antes de morir á la Santísima Virgen Maria. Hallábase esta en Efeso, donde por ilustracion divina, tuvo conocimiento de la sentencia de muerte que pesaba sobre el Santo Apóstol, y Jesucristo que quiso premiar aun aquí en la tierra, la constancia de su fiel discípulo, dispuso que su Madre fuese trasladada por manos de los ángeles á Jerusalem y al lugar donde debia verificarse la inmolation de la primera víctima del Apostolado. En tanto que esto se verifi-

caba, Santiago era conducido al martirio, efectuando el Señor por su medio multitud de milagros, pues habiéndose estendido la noticia de que Herodes le había mandado degollar, acudieron muchos de los convertidos, entre los cuales iban varios enfermos, los cuales recobraron instantáneamente la salud. Era llegado el momento del sacrificio: el Santo Apóstol puso sus rodillas en tierra, ofreciendo á Dios su vida en holocausto: mas como levantase los ojos al cielo, vió en el aire sostenida por los ángeles á la Santísima Virgen, de la que tanta memoria hacía en aquellos momentos supremos. Quedó como fuera de sí el fiel discípulo de Jesucristo, y su corazón ardía en el fuego activo de la caridad divina. Solo de él fué vista la Santísima Virgen, por cuyas manos ofreció al Señor el sacrificio de su vida. La V. Agreda pone en sus labios esta fervorosa oración: «Madre de mi Señor Jesucristo, Señora y amparo mio, consuelo de los afligidos, refugio de los necesitados, dadme »Señora vuestra bendición tan deseada de mi alma en esta »hora. Ofreced por mí á vuestro Hijo y Redentor del mundo, el sacrificio de mi vida en holocausto, encendido en »el deseo de morir por la gloria de su Santo nombre. Sean »hoy vuestras manos purísimas y candidísimas el ara de mi »sacrificio, para que le reciba aceptable el que por mí se »ofreció en la santa Cruz. En vuestras manos y por ellas »en las de mi Criador encomiendo mi espíritu.» Dicha esta oración, el hacha del verdugo cayó sobre su cuello, y su alma por manos de la Reina de los apóstoles fué presentada ante el divino acatamiento. Trasladado su bendito cuerpo por sus discípulos á España, teatro de sus grandes triunfos y admirables victorias, se conserva siendo objeto de la veneración de los fieles en Compostela.

Efectuado el martirio de Santiago, la Santísima Virgen

fué trasladada de nuevo á su oratorio de Efeso. Allí como Maestra de la Iglesia daba santas instrucciones á los que abrasando la doctrina evangélica acudían á postrarse en su presencia, reconociéndola como Madre de Dios y de los hombres. No enseñaba tan solamente con su palabra, la purísima Virgen. Todo predicaba en ella: su modestia, su mansedumbre, su humildad, la caridad que animaba todas sus obras, arrebatava las atenciones de los nuevos cristianos que á su vista no podían menos de enfervorizarse y adquirir vivos deseos de llegar á la perfección. Si es una verdad demostrada por la experiencia que la santidad de vida del predicador hace mas fructuosa su palabra, por el concepto que goza entre las gentes, ¿cómo no habían de llegar hasta lo mas profundo de los corazones las instrucciones de María, cuya santidad no reconoce superior fuera de la de Dios? Una palabra suya, la mas ligera insinuación era suficiente para que los que tenían la dicha de escucharla quedasen como fuera de sí y embebidos en el amor de Dios.

Pasado algun tiempo del martirio de Santiago, Jerusalem quedó algun tanto tranquila, y aquella primitiva Iglesia pudo gozar de algun sosiego. El Apóstol San Pedro, que cuando por ministerio de un ángel se vió libre de sus cadenas se había retirado hácia la parte del Asia, volvió á fijar su residencia en Jerusalem, á donde acudían todos los cristianos para consultarle en sus dudas como á Maestro de la fe y Vicario de Jesucristo en la tierra, cabeza visible de la Santa Iglesia. Clamaban los discípulos por tener allí á la Santísima Virgen María, para consolarse con ella y recibir sus instrucciones como de soberana Maestra. Pedro tomó á su cargo el suplicarle, concediese á los fieles esta gracia por la que anhelaban, y la Madre de Dios que en su profunda humildad miraba como precepto la menor insinuación del

Principe de los Apóstoles, al que respetaba como representante en la tierra de su divino Hijo, determinó abandonar la ciudad de Efeso y partir para Jerusalem, no sin despedirse con amorosas palabras de las muchas piadosas mujeres y de los fieles de todas clases, á los que habia alimentado con el nutritivo alimento de la enseñanza católica. Segun la V. Agreda, la permanencia de la Santísima Virgen en Efeso fué de dos años y medio. María en compañía de San Juan llegó á Jerusalem, donde se presentó al Sumo Sacerdote San Pedro, para darle cuenta de su arribo y pedirle su bendicion.

Asi el Gerarca Supremo de la Iglesia, como los demas fieles de Jerusalem se llenaron del mayor regocijo, agradeciendo la dignacion y afecto con que la Santísima Virgen venia á visitarlos y á llenarlos de consuelos. Todos se postraban en su presencia disputándose el honor de servirla. Con lágrimas en los ojos y rebosando el corazon en las mas dulces expansiones de amor y gratitud la llamaban Bienaventurada. ¡Era el preludio de la aclamacion universal que habia de resonar en la sucesion de los siglos!...

María vivia y ya puede decirse que recibia culto por parte de los Apóstoles y demas fieles que á ella acudian como á su Maestra, y atraidos por el olor de sus heróicas virtudes, y la veneracion que les infundia su dignidad casi infinita por el respeto que dice orden á la union hipostática. Hé aqui de que modo se esplica el erudito Augusto Nicolás: «Los Apóstoles, testigos de los tres últimos años de la vida de Jesus, como ellos nos lo dicen, confesaron no obstante los acontecimientos anteriores que no habian presenciado, como la Natividad y la Encarnacion, con la misma firmeza que la Transfiguracion y Resurreccion que habian visto. Y aun de allí sacan la noticia del Verbo he-

«cho carne, que circula en toda su doctrina, lo que no podian apoyar sino en el testimonio de Maria. ¿Pero qué es lo que daba tanta fuerza á este testimonio, que valia para ellos tanto como lo que habian visto, hasta el punto de venir á ser el fundamento de su doctrina? Nada de cuanto recomendaba su propio testimonio, ni poderes milagrosos, ni dones sobrenaturales, ni la prenda del martirio, como no fuese el martirio íntimo del dolor: María habia vivido tranquilamente, é iba á morir en paz. ¿Qué es pues lo que constituia el valor de su testimonio? una sola cosa: su santidad preeminente, su dignidad de MADRE DE JESUS: santidad y dignidad que fueron los únicos garantes de la fe de los apóstoles en el misterio de la Encarnacion, y por consiguiente de la fe del universo en el Cristianismo. Asi el universo cristiano, sépalo él ó no lo sepa, rinde á la eminente santidad y dignidad de María un testimonio proporcionado á su fe en el Verbo encarnado, puesto que no cree en el Verbo encarnado, sino porque cree á la Virgen María¹».

Necesariamente al hablar los Apóstoles del misterio de la Redencion de la humanidad, tenian que enseñar que Jesucristo era Dios verdadero, al tiempo mismo que verdadero Hombre, motivo por el que, el sacrificio de su vida fué de valor infinito y suficiente por lo tanto para reconciliar á la humanidad con el Eterno Padre: la demostracion de esta verdad envolvia la esplicacion de la Encarnacion del Verbo, misterio fundamental de la religion. Ahora bien: los fieles que oian en los sermones de los Apóstoles, la doctrina que les enseñaba al mismo tiempo la divinidad de Jesucristo y las grandezas de su Madre, ¿cómo no habian de

¹ Augusto Nicolás. La Virgen Maria, segun el Evangelio. 2.^a parte, cap. XXI.

esperimentar un amor extraordinario hácia la bendita Virgen cuyo purísimo seno habia sido tabernáculo del mismo Dios humanado? ¿Ni qué cosa mas natural que acudiesen á ella con la mayor veneracion y el mas profundo respeto suplicándole su proteccion y amparo? Estas sencillas y lacónicas reflexiones sirven para demostrar que la devoción y el culto de la Santísima Virgen nació con la Iglesia. Si como mas adelante tendremos ocasion de decir, su primer altar fué el sepulcro donde momentáneamente descansó su bendito cuerpo, podemos afirmar que aun vivia sobre la tierra y ya era objeto del mayor entusiasmo por parte de los fieles: estas juiciosas reflexiones debia haber hecho el blasfemo Daillé antes de tener el atrevimiento de afirmar que la devoción de María fué la enfermedad de los cristianos del siglo IV¹.

En haber permitido el Señor que la Santísima Virgen María viviese muchos años sobre la tierra despues de la gloriosa Ascension de Jesucristo á los cielos, descubrimos otra prueba nueva de infinita caridad de Dios para con las criaturas. El Eterno Padre deseaba á su dilectísima Hija; el Hijo á su amada y verdadera Madre; el Espíritu Santo á su predilecta Esposa, y los Angeles y Bienaventurados á su Reina y Señora. Sin embargo, la Iglesia necesitaba de tal Madre y Maestra, y el Señor se la concedió por el tiempo que en su altísima sabiduría é inescrutables juicios juzgó oportuno. Durante este tiempo la inmaculada Virgen en cuyo pecho siempre conservó encendida la llama de la caridad que la inflamó en el amor de Dios desde el instante primero de su animacion, podemos decir que vivia como endiosada. Los singulares favores que del cielo recibia, los

¹ El ministro Daillé pone estas palabras en su libro de las Tradiciones de los latinos, lib. IV, cap. 18.

grandes misterios que en ella se habian obrado, la gracia santificante y las *gratis datas* que en toda su plenitud residian en ella, su contacto físico con la divinidad que en ella habia residido, su continuo trato con Dios y con los ángeles visibles para ella, todo hacia que María viviese con el espíritu en el cielo, no obstante hallarse aun en la tierra. Vivía solo en Dios y para Dios y conforme se iba acercando el dia de su glorioso tránsito, se aumentaba el júbilo de su purísimo corazón, sin cesar de cumplir con exactitud su ministerio de Maestra de la Iglesia, dirigiendo y enseñando á los seguidores de la doctrina de su divino Hijo. Tiempo es ya de que nos fijemos en su feliz tránsito á la Gloria. La consideracion de su preciosa muerte es una nueva leccion cuyo estudio nos será de la mayor utilidad.